

suelo feudal se hunde, y se abre la conciencia iluminada por la idea de su derecho. La historia de la revolución francesa trasfórmase en leyenda, y sin olvidar sus crímenes, ni mucho menos absolverlos, parecennos todos sus autores redimidos y divinizados por la santidad de las ideas, por la rectitud de los propósitos, por las dificultades de la terrible empresa, por el martirio y por la muerte. La Constitución española pasa á ser el símbolo de la fé liberal, tanto en los pueblos de la península ibérica, como en los pueblos de la península itálica, y de la península helena. Portugal la acepta y la suscribe, tomándola por fiel partida de bautismo de sus libertades nacientes. Cerdeña y Saboya la aclaman allá en el año veintiuno, cuando la revolución penetra en sus sepulcros y las resucita. Sicilia y Nápoles la aman mucho más que nosotros mismos. Al grito de la Constitución española, echaron á los Borbones, en los tiempos de nuestro Riego; al grito de la Constitución española, combatieron con los austríacos; al grito de la Constitución española, se despertaron de nuevo en 1848, y cuando nosotros la habíamos olvidado, peleaban y morían por ella esos inspirados pueblos. Lo cierto es que nuestras revoluciones se enlazan, como se enlazan nuestras ideas. Les tres días de la Revolución de Julio en París, nos dieron alientos para pelear siete años por nuestras libertades constitucionales. Las fugaces horas de la República de Febrero, que pasaron como sueños por nuestras ateriadas inteligencias, derramaron aquí en España los gérmenes del odio á los Borbones, y allá en Italia, los gérmenes del amor á la libertad y á la independencia. Los tres pueblos caímos á un mismo tiempo. La noche del dos de Diciembre, en París; la rota de Novara, en Lombardía; las jornadas de Mayo, en Madrid, nos condenaron á una servidumbre que parecía eterna. Y hoy, en esta hora solemne, el ideal toma cuerpo, la democracia realidad; los Bonapartes han huido del trono de Francia, los

Borbones del trono de España, los Papas-reyes del trono temporal de la antigua Roma. ¿Quién será tan ciego, que ante estos resultados pueda dudar de los futuros progresos?

Lo que necesitamos es un ideal, verlo claramente con los ojos de la inteligencia y realizarlo con la energía de la voluntad. Los seres, que han cumplido su destino en la naturaleza, mueren y mueren los pueblos que han consumido su ideal, y no aciertan á sustituirlo con otro más perfecto. La raza judía pierde pátria, hogar, templo, se dispersa por la tierra sin volver á constituir un pueblo, por obstinarse en conservar antiquísimo ideal ya extinto en la humana conciencia. Como el artista, el político necesita una norma superior, un conjunto de ideas que encarnar en la viviente realidad, y como el artista y el político, lo necesitan los pueblos. El ideal político que hoy se descubre en nuestro espíritu más claramente, es la federación de las naciones latinas. Si la historia, si el origen comun, si el lenguaje análogo, si la religion y el arte nos han unido en las edades pasadas; la creencia en fraternidad más íntima debe unirnos en las edades presentes; y la realización de esta creencia en grandes instituciones políticas debe unirnos en las edades futuras. Nada hay en este ideal que atente ni á nuestra respectiva unidad interior, ni á nuestra mútua independencia nacional. Las naciones se han formado y constituyen poderosas individualidades, cuyo espíritu propio y cuyo carácter histórico se debe conservar á toda costa para conservar también la rica y múltiple variedad de nuestra vida. No hay utopía mayor que la utopía de los pontífices, una sola religion para todos, y la utopía de los conquistadores, una sola nacion para todos. La individualidad dentro del género humano, y la variedad dentro de la naturaleza y de la Historia destrozán á esos dioses de la guerra que van montados en sus caballos, destilando sangre sobre campos de batalla, verdaderos hosarios de pueblos sacrificados á la demencia de pan-

teística unidad impuesta por el prestigio de la victoria y por el filo del sable. La herejía mata á su vez la ambición de los pontífices. La ventaja que tiene una federación de pueblos es que conserva y arraiga la independencia nacional; enlazando el principio de unidad con el principio de variedad, ambos esenciales é ineludibles. Lejos de asociarse los pueblos latinos para destruir su independencia, se asociarían para asegurarla fuertemente. La necesidad de esta asociación se ve á primera vista con solo recordar lo que eran ayer mismo Venecia y Milan; lo que son hoy Metz y Gibraltar. No pediríamos ni un átomo de tierra á ninguna raza, porque nuestras federaciones serían pacíficas; pero no consentiríamos tampoco que las otras razas penetraran en nuestro hogar y desconocieran nuestro derecho. De suerte que la federación de las naciones latinas sería el seguro más firme de su mútua independencia.

No nos equivoquemos; digamos la verdad entera. Para realizar este ideal de la federación de los pueblos se necesita que todos ellos sean libres interiormente, y se hallen asentados en robustísimas instituciones democráticas. La fuerza puede juntar los pueblos en la conquista; no puede juntarlos en el derecho. La primera condición para que se firme un pacto internacional es tener la facultad de pactar; y para tener la facultad de pactar necesitan las naciones regirse y gobernarse á sí mismas con toda la plenitud de su autoridad. Luego, donde quiera que existe la antigua institución de la monarquía, coexiste con ella cierto anhelo de dominio, propio de todas las castas; y cierto estro de guerra, propio de todos los grandes poderes. A nuestra vista, en nuestros días, un Emperador decadente, sin medir sus fuerzas ni las fuerzas de sus enemigos, declaró desastrosa guerra, que ha llenado de cadáveres nuestro suelo y de horror nuestro ánimo, tan solo para transmitir á su heredero una corona resplandeciente de victorias. La soberanía nacional inalienable,

permanente; la unidad nacional asentada en fuertes bases, son necesarias condiciones del pacto entre los pueblos. La soberanía exige la libertad de la palabra hablada y escrita para que el pensamiento de cada ciudadano forme el pensamiento nacional; y el voto extendido á todos para que resulte verdadera y clara la voluntad de la nación. Y las naciones libres tienen, como los hombres libres, una interna vocación que las llama y las impulsa á fundar superior y mas amplia sociedad, que en nuestro lenguaje corriente se llama federación ó confederación de naciones.

Yo bien sé que á esta doctrina podrá oponerse la objeción de las rivalidades antiguas y el recuerdo de las guerras eternas entre los pueblos latinos. Pero sé también que la mayor cultura, la civilización mayor reemplaza los odios de la guerra con la emulación del trabajo; y las antiguas relaciones de conquista con las estrechas relaciones de comercio. Antes, una familia luchaba con otra familia en las sociedades feudales. Por las calles de Salamanca y por las calles de Verona encontraréis rastros de estos combates, humo de estos incendios. El mayor poeta del Norte nos ha dejado en uno de sus dramas la imagen del amor levantándose en los corazones de dos jóvenes, enemigos por su sangre, perteneciente él á una y ella á otra de aquellas razas, y no pudiendo unirlos sino en la mármorea cama del sepulcro, para demostrar cuán superiores eran las discordias de la sociedad á las leyes de la naturaleza. Pues bien; esas guerras de calle á calle, de casa á casa, han concluido por completo, y comunes intereses confunden á las familias antes enemigas, que respiran la misma atmósfera y pertenecen á los mismos municipios. Y á la guerra de calle á calle, sucedió la guerra de ciudad á ciudad. Las más próximas eran las más irreconciliables: Pádua y Venecia, Pavía y Milan, Pisa y Florencia, cuyos odios fulguraban como el fuego de los infiernos, hasta en los tercetos del Dante. Y hoy, las ciudades han depuesto sus odios;



han rasgado sus enemigas oriflamas; han roto sus armas; han borrado los timbres de las tristes victorias, mutuamente alcanzadas por las unas sobre las otras; y forman heroica legion, sublime coro, viviendo y respirando todas juntas en el alma de la divina Italia. Pues así como ha cesado la guerra de calle á calle en las ciudades, la guerra de ciudad á ciudad en las naciones, cesará la guerra de nacion á nacion en las razas. Pasaron los tiempos en que un pueblo no creía vivir si no se dilataba por la conquista en ajenas tierras, y no dominaba sobre enemigas gentes. Hoy no sería posible resucitar el antiguo dominio de Roma en Europa, ni el antiguo dominio de España en América. El francés, que iba en otros tiempos á someter á Italia con Luis XII, con Carlos VIII, ha ido en nuestro tiempo á derramar su sangre por libertarla en los campos de Solferino y de Magenta. El español, que ha poseído Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milán, aclama los triunfos de esas ciudades, y cuenta como días de glorias propias los días faustos de su emancipación. No hay en España quien no condene y maldiga el propósito temerario que parecía tener Felipe II de suprimir á Francia; ni en Francia quien no condene y maldiga el propósito temerario que tuvo Napoleón I de esclavizar á España. Las naciones, ayer enemigas, son hoy amigas; las naciones, hoy amigas, serán mañana hermanas. Si el dolmen celta las ha unido en los mismos orígenes; si la ley romana las ha sujetado al mismo jugo; si la Iglesia católica les ha abierto en otra vida las mismas esperanzas; si los pueblos germánicos han refrescado y rejuvenecido su vieja sangre latina; si los campos cataláunicos las han visto luchar juntas contra el azote de los cielos, que se llamaba Atila; si en las cimas de sus colinas brotaron á un tiempo los castillos feudales, y al pié se extendieron los libres municipios; si hemos confundido nuestras enseñas, así en las cruzadas para la conquista de Jerusalén, como en las cruzadas para las conquistas

de Toledo, de Almería, de Mallorca; si hemos recibido el óleo de los Pontífices en un siglo y en otro siglo nos hemos emancipado políticamente de los Pontífices; si órdenes monásticas, coros de artistas, reyes absolutos, las ideas de la filosofía, las tempestades de la revolución moderna, han pasado por nuestra historia, nadie puede impedirnos que unidos en el mismo espíritu y en las mismas instituciones, nos unamos en una federación, digna sucesora y continuadora de la antigua Grecia.

¿Será posible que no recordemos aquellos días sagrados y que no podamos resucitarlos en nuestros días con las condiciones propias de la moderna cultura y con los progresos dignos de este tiempo? Al pié del Parnaso, de la montaña bruñida por el sol y consagrada por la inspiración; al rumor de la fuente Castalia donde apagaban los poetas su sed; en el templo alzado por los dorios al dios de la poesía y de la luz; la Pitonisa, junto al mármóreo altar donde centelleaba la llama del sacrificio, cerca de la grieta misteriosa que despedía volcánicos vapores, sobre el trípode de oro, coronada las sienas de flores, entre las armonías de las cítaras y las estrofas de los coros, lanzaba de sus labios agitados por la embriaguez de las ideas, los hexámetros, que se divulgaban como leyes entre aquellos pueblos de artistas, y que enseñaban á pelear y á morir por la libertad y por la patria á los héroes de Marathon y de Salamina, que se lanzaban á las batallas seguros de encontrar una corona de laurel en la tierra y un renombre inmortal en la Historia. Aun evocamos las llanuras de Olimpias; las procesiones donde iban los griegos vestidos de blancas túnicas de lino y coronados por la sagrada verbena, llevando á su frente los sacerdotes con las víctimas y las ofrendas; las legiones de atletas, jóvenes, hermosos, desnudos, con la áurea lanza en las manos y el casco cincelado en la cabeza, caballeros sobre indómitos brutos, sin freno ni aparejo,

que corrian á la anhelada meta; las danzas en que las vírgenes griegas se mecían al eco de los cantares como las adelfas floridas al beso de las brisas; el bosque sagrado, cuyas ramas murmuraban estancias y sentencias de los antiguos oráculos; las estatuas de Fidas en su inmortal serenidad; las odas de Píndaro recitadas como un cántico; los libros de Herodoto leídos á las muchedumbres y consagrados á las musas; los discursos de Lycias que evocaban las manes de los antiguos héroes; mientras en las altas cimas del Olimpo los dioses mayores se entregaban á su inmortal reposo y los dioses menores á sus juegos y á sus ejercicios gimnásticos, velados todos á los ojos mortales tras las blancas nubes que las Horas guardaban y la divina Iris recamaba con sus varios y resplandecientes matices; como si unidos la tierra y el cielo estuvieran consagrados al culto de la hermosura y del arte y unidos en continuas armonías.

Toda esta poesía, todos estos ritos, todas estas creencias se han disipado y desvanecido. Largos siglos, grandes revoluciones, cambios profundísimos han cambiado así el poder del Dios-Naturaleza que se perdía en las nubes del Olimpo como la servidumbre del esclavo que gemía en los abismos de la ergástula. El Dios-Espíritu ha destronado al Dios-Naturaleza. El principio de igualdad ha destruido á la antigua casta. El derecho del hombre se ha sobrepuesto á la invasora autoridad del Estado. Todas estas grandes transformaciones, lejos de contrariar, facilitan la comun política de las razas latinas. El anfictionado que saliera de nuestras democráticas instituciones tendría fuerzas superiores al antiguo anfictionado griego, antes religioso que político, incapacitado de constituir una fuerte unidad de derecho porque le faltaban nuestras nociones universales de justicia y nuestro profundo sentimiento de la libertad. Jamás nosotros admitiríamos un Filipo en nuestro seno como admitieran las Asambleas de Delfos, porque creemos que la condicion

primera de inteligencia y de armonía entre los pueblos latinos está en que todos ellos absolutamente se constituyan libremente, y por propia voluntad, en democráticas y liberales Repúblicas. Día fausto será en la historia el día en que los pueblos de la luz y del arte; los pueblos reveladores y descubridores por excelencia, los pueblos que en su mente tienen las ideas universales y en sus labios el verbo divino del ideal, asentado en estas orillas del Mediterráneo que han sido como la eterna escuela de la cultura humana, cierren el período de sus revoluciones, abriendo de par en par su conciencia á la justicia, su sociedad al derecho; para fundar una República latina, la mayor que habrán visto los siglos, y la más apta para iluminar nuestra conciencia, y para embellecer nuestro planeta.

Y es muy necesario avivar este ideal político, este ideal humano, porque entre la raza latina, entre sus pueblos, solo hay un lazo de unión, la comunidad de creencias religiosas. Y estas creencias religiosas, que en sus mantiales, en sus orígenes fueron alma de una verdadera democracia y protesta contra una horrible tiranía, hoy alimentan á los tiranos y sostienen sobre sus alas todos los tronos amasados con sangre y cubiertos de péptuas sombras. La calidad primera del ultramontanismo es volver contra el progreso los instrumentos del progreso. ¿Quién nos hubiera dicho que la religion de los esclavos, predicada en los desiertos por el sublime hijo de oscuro trabajador, toda llena de imprecaciones contra los opresores y de esperanzas á los oprimidos, había de convertirse, andando el tiempo, en la religion de los tiranos! Y en cumplimiento de estas leyes, una Asamblea donde la luz penetra, donde la palabra vuela, donde los problemas que tocan al tiempo y á la eternidad se plantean, donde los oradores agitan la conciencia humana y discuten, y predicán, y enseñan; una Asamblea que siempre ha horrorizado á los Césares y alentado á los pueblos, iba en aquel momento supremo



de la historia, por los días de 1869 y 1870, á fundar el absolutismo personal más terrible y monstruoso que han visto los siglos. Esta Asamblea extraña era el Concilio Ecuménico de cuyas sesiones no podemos apartar los ojos si deseamos conocer el conjunto de causas que ha impulsado el movimiento republicano en Europa. Convocada por el augusto jefe del catolicismo en la ciudad de las artes y de los milagros; reunida bajo la advocacion del divino espíritu; contraria á la sed de goces y al culto de los intereses que nos corrompe y nos gangrena; compuesta de hombres consagrados al espíritu en este desfreno de la materia, y venidos de los cuatro puntos del horizonte á testificar que todavía se cree en la existencia de Dios y se espera en la inmortalidad del alma, la Asamblea conciliar hubiera podido mover una revolucion moral en las conciencias, como la que movió el Concilio de Nicea, al domar pueblos demasiado cercanos á la naturaleza y refrenar instintos demasiado cercanos á la anarquía, si en vez de empeñarse en servir á los tiranos, á los Pilatos, hubiera recordado que debia servir á los héroes y á los mártires de la libertad humana, y sobre todo á su eterno ideal, á Cristo.

En la convocatoria del Concilio, se prescindió por completo de los poderes civiles, de los poderes políticos. No se los mencionó siquiera, como si no existiesen ya en la tierra. Y sin embargo, un poder civil, un poder político, el Imperio napoleónico, sostenia con sus bayonetas al Papa, y facilitaba el que sus Obispos pudieran saludarlo aun como rey de Roma, en todo el esplendor de su soberanía terrenal. Quejáronse, doliéronse de esto indirectamente algunos gobiernos. Pero el Papa respondió, que no cumpliendo con sus deberes religiosos, era extraño ese afán por reclamar sus derechos. Este sencillito olvido encerraba toda una trascendental revolucion, puesto que indicaba bien claramente un principio de separacion entre la Iglesia y el Esta-

do. En otro tiempo los Papas más soberbios no se atrevieron á prescindir de los reyes más humildes. Y los reyes que conservaban siempre el patronato sobre la Iglesia, que intervenian en las investiduras, que presidieron en la persona de Constantino el concilio de Nicea, y en la persona del Emperador Segismundo el concilio de Constanza, no hubieran autorizado la salida de los Obispos, ni permitido la congregacion del concilio, aunque para ello se vieran obligados á emplear la coaccion de su fuerza. Mas ahora, sucedia todo lo contrario. Los gobiernos desconocidos dejaban á los Obispos libre paso á Roma, á pesar de que los Obispos iban á echar el peso de abrumadora tiranía religiosa sobre la conciencia de sus súbditos. Esta tolerancia del poder civil, muestra en realidad la decadencia del poder religioso. Si las personas de los Papas conservaran su antiguo prestigio; si las supersticiones de los pueblos los escucharan y los siguieran á ciegas con su antiguo fanatismo, cuidárase más el poder civil de celar á la Iglesia, y de reprimir á los creyentes. Pero hoy el pacto de Carlo-Magno, sobre el cual ha estado asentada por tantos siglos la Cristiandad, se ha roto; y sustraídas á su poder la política, la enseñanza, la familia, la propiedad, no hay inconveniente en dejarle á la Iglesia todo entero el cielo del espíritu. Pero esta dejacion de antiguas prerogativas de los poderes civiles, y este menosprecio del Papa por facultades que tanto aterraron á sus predecesores, implica el reconocimiento de un principio, por excelencia democrático; el reconocimiento de una inmediata separacion de la Iglesia y del Estado. Pero es inconcebible que, pidiendo el Papa á los poderes civiles bayonetas para sostenerse en su trono temporal; rentas para alimentar á su ejército, ó sea á su clero; coaccion para impeler al cumplimiento de los deberes religiosos; intolerancia en las relaciones con los demás cultos y sumision á su poder supremo; luego les negara, con negativa nacida de profundo

menosprecio y atentatoria á su dignidad, toda inspeccion sobre los actos más graves y más decisivos de una Iglesia que aun rige gran parte de las conciencias, de esos motores de las humanas voluntades.

Así no debe extrañarnos que en el Cuerpo Legislativo francés se suscitara sobre este grave punto gravísimas discusiones. Mr. Gueroult, uno de los jefes de la escuela Sansimoniana, reclamó el cumplimiento de los artículos del credo galicano que tiraban á impedir la invasion de la Iglesia en la esfera de los poderes civiles. Francamente, otros diputados tenian más autoridad para esta reclamacion, porque si el culto católico oprime la espontánea vida de la conciencia humana en sus estrechos ritos y en sus autoritarios dogmas, no la corrompen como la escuela sensualista, que predicando religion y espiritualismo, fundara la autoridad del pontificado industrial y sostuviera la rehabilitacion de la humana carne, rodando desde las cimas etéreas de un misticismo cuasi asiático á las profundidades oscurísimas de las estafas financieras. Emilio Ollivier en esta ocasion se mostró más prudente y reclamó para el Estado alguna autoridad sobre la Iglesia. Pero el ministro de Justicia respondió con esas diplomáticas evasivas que á nada comprometen y que, aplazándolas, embrollan todas las cuestiones.

Mientras tanto la agitacion crecia en el seno de la Iglesia. Los obispos advertian que, admitida la infalibilidad pontificia, se desplomaba, falta de base, la autoridad episcopal. El libro de Jano compendiaba todas las objeciones imaginables contra la omnipotencia de los Papas y todo el memorial de agravios de los obispos católicos. El prelado de Sura, decano de la facultad de teología de París, se agitaba para impedir la proclamacion del nuevo dogma. Segun él, toda verdad religiosa, para elevarse á la categoría de dogma católico, debe ser revelada, expresa, formal, explícitamente por Dios; y contenida en las Santas Escrituras ó en las tradiciones constantes. La

Iglesia, estudiando las consecuencias de los antiguos dogmas, puede crear otros nuevos, sin alterar el contenido de la eterna doctrina, que no consiente ni aumento ni disminucion. La infalibilidad absoluta, separada, personal del Pontífice romano, su monarquía indivisible, ni está en el Credo, ni está en la Escritura, ni está en la tradicion. Cristo no invistió á Pedro de una autoridad infalible. La Iglesia entera ruega á Dios que no falte la fé á los Papas, y no rogara si no supiera que puede faltarles. No hay demostracion escrituraria de la infalibilidad pontificia. Y en cuanto á las demostraciones tradicionales, á cada paso se encuentran amontonados en la historia de la Iglesia ejemplos que la contradigan. Por todas partes hay grandes teólogos y grandes santos enemigos de la infalibilidad de los Papas. En el siglo décimo-quinto Gerson y el Tostado; en el siglo décimo-sexto Zavarella y Cusa; en el siglo décimo-sétimo el gran Bossuet. El nuevo dogma es de una definicion difícilísima. Para reconocer que el Papa pronuncia juicios infalibles siempre que se asienta en la Cátedra de San Pedro; para convenir en que Dios obra en su favor un milagro todos los días, una excepcion maravillosa y le preserva de la ignorancia, del olvido, del descuido, del error, del frio de la indiferencia, del tumulto de las pasiones, de toda flaqueza en el entendimiento, de todo desmayo en la voluntad, haciéndole más puro y más luminoso que á los ángeles del cielo, tentados tambien por el génio del mal; para admitir todo eso hay que derogar á un tiempo las leyes de la religion, y las leyes de la naturaleza. Ya no se necesita decir *credo Ecclesiam*; basta con decir *credo Papam*.

La Iglesia destruida, el Concilio inutilizado, el obispo destituido desde el punto en que la personalidad del Papa llena como la personalidad del Dios de los Semitas, el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad, lo finito y lo infinito. La Iglesia antes de este dogma, no era ciertamente una democracia; pero sí